El paraguas amarillo.

Por Samantha Aued Scott.

No sé dónde estaba, no sé si sucedió, no sé si fui yo la que lo imaginó, pero ahí me encontraba. Un mundo de ensueño sobre las nubes. Una vieja escena de una película antigua ¿quizás? o sólo un sueño sin más significado que el soñador le da.

En todo caso lo recuerdo. Una imagen tan clara, viva y colorida de un encuentro mágico en el cielo. Mis ojos presenciaron una cuerda floja suspendida entre nubes, un paisaje irreal. El sol brillaba a un costado de aquel cuadro fantástico, teñido de azul y rosado, lleno de pequeñas pinceladas que formarían estrellas.

En la cuerda floja yacía un hombre sentado, vestía una gabardina azul oscuro y pantalones negros, sin zapatos y con sombrero.

De mirada apagada y expresión de piedra, con ambas manos sujetando dos extremos de la cuerda. Una nube negra yacía sobre el hombre y una lluvia gris caía sobre sus hombros, era la única parte deprimente de la escena, el único error de un cuadro perfecto.

Observé al hombre un tiempo y a pesar de que caía la lluvia él no se movía, permanecía bajo esa pequeña nube, bastaba solo moverse un poco a la izquierda o un tanto a la derecha y la lluvia no le tocaría, pero él ahí se quedaría.

Algo en el cuadro cambió después de dos horas, una mujer apareció caminando sobre la cuerda floja, llevaba un vestido azul oscuro y sostenía entre sus manos un paraguas de un amarillo intenso. Traía una sonrisa dibujada en el rostro y con lentitud se acercó al hombre sentado. Al llegar a la pequeña zona gris le preguntó al hombre:

-¿Se encuentra bien caballero?- dijo con voz de terciopelo. El hombre no contestó. Volvió a preguntar esperando una respuesta que jamás llegó a escuchar. Preguntó tres veces y nada, el hombre no se inmutaba. Resignada no preguntó más, aquel hombre no iba a reaccionar, así que simplemente dijo al final.

-Tenga mi paraguas para que no se siga mojando- le entregó al hombre de piedra el paraguas y se marchó otra vez por la cuerda floja con una sonrisa en la boca.

Fue entonces cuando el hombre gris se movió y miró en dirección en la que la dama desapareció. Por primera vez lo vi sonreír sosteniendo con fuerza el paraguas amarillo con su mano izquierda. La nube seguía ahí pero no se mojaría más con su tristeza.